

III

EL PUENTE DE ALCANTARA

Era sobre el otoño del paisaje
una garra de Roma en él clavada;
bélico nudo, gala y homenaje,
piedra hecha numen a imperial jornada...

De águilas nido, férreo caudillaje,
vió de los siglos a su mole atada
sangre de Iberia en múltiple oleaje,
nervio al castro feudal y a la mesnada...

El genio suspendió sobre el abismo
con lazos de dolor y de heroísmo
a caudal ruta, bello y firme paso...

Gime allí el Tajo su canción de oro
aúgusta y sola, sin el bello coro
de las ninfas que viera Garcilaso...

IV

LUIS DE MORALES

PIEDAD I

Ya está Jesús desnudo y descendido,
con la carne marchita y deshojada...
La Virgen Madre llora sin gemido
transida el alma, de dolor clavada...

Acuna en su regazo el cuerpo herido
y, flor por vendavales azotada,
al tronco de aquel Arbol aterido
se siente en su agonía encadenada...

Sus mejillas morenas quema el llanto,
que fuente de consuelo a su quebranto
puro ofrenda, al Amor que fué su vida...

Al suelo torna triste la mirada,
pensando que la tierra está empapada
de aquella sangre en rosas florecida...

ANTONIO LOPEZ MARTINEZ

REPASANDO NUESTRA HISTORIA

Giraldos Simpavor

En la II Asamblea de Estudios Extremeños se consagró un poeta: DELGADO VALHONDO. A él, cordialmente, dedico este retazo de historia regional.

UN historiador extremeño se decide a admitir, aunque con reservas, que el primero que arrebató el castillo de Montfragüe a los infieles, fué el rey de León, Fernando II, en el año 1169; y que lo cedió después, en 1171, a la Orden militar de Santiago, fundada en Cáceres en el año anterior.

Esta es una suposición que debe desecharse en la actualidad, ya que investigaciones posteriores han permitido demostrar, que el parecer del mencionado escritor no se basa en testimonios auténticos.

Sin tener en cuenta la posibilidad de que los reyes de Galicia y León, Ordoño I y Ordoño II, Alfonso III el Magno, y aún el mismo monarca castellano, Fernando I, pudieran haber llegado y hasta conquistado esta fortaleza, en sus incursiones guerreras, es evidente que mientras Fernando II de León incorporaba a su corona los territorios de la Sierra de Gata y los enclavados en una y otra de las orillas del Tajo, cuando llegó en 1167 a la cabeza de Espatragal, después de haber conquistado la villa de Alcántara, un aventurero portugués, que tenía más de jefe de pandilla de facinerosos que de capitán de milicias, penetró con sus secuaces en la comarca comprendida entre Tajo y Guadiana y, con gran arrojo y temeridad, realizó varias rizas y se apoderó de algunas ciudades importantes, como, Trujillo, Santa Cruz y Montfragüe. El celebrado portugués, autor de tan provechosa hazaña, se llamó desde entonces, Giraldo Simpavor; COGNOMINATO SINEPAVORE, por razón de que este extraño y arriesgado padalín no conocía el miedo, y su inconsciencia y decisión le impulsaban a emprender las más fabulosas y disparatadas aventuras.

El testimonio indiscutible que garantiza las correrías de Giraldo y sus éxitos al apropiarse de las plazas fuertes mencionadas, lo hallamos en la crónica latina, n.º 10, donde se afirma taxativamente, que al acudir el rey de León, D. Fernando, en 1169, en auxilio de los habitantes de Badajoz, vasallos suyos, para evitar que dicha capital y toda su comarca cayera en manos de Alonso Enríquez,—quien la había puesto en grave aprieto—derrotó a éste y lo apresó, juntamente con buen número de caballeros, condes, capitanes y prelados, que iban al frente de los ejércitos de Portugal.

Entre los prisioneros se encontraba el caudillo Giraldo, formidable peón de brega en las huestes del lusitano; y al quedar reducido a la impotencia, solicitó la libertad, poniendo en juego para conseguirla cuantos medios estaban a su alcance. Le fué concedida por el in-

signe magnate leonés, Fernando Rodríguez el Castellano, «a cambio de la entrega de Montánchez, Trujillo, Santa Cruz y Montfragüe».

De donde se deduce, que el primero que arrebató a la morisma la referida plaza fué el inclito Giraldo, puesto que era en aquel entonces señor de Montfragüe y de otros castillos fortificados de la región; y que el baluarte pasó a poder de Fernando II, no por conquista directa de este soberano, sino por cesión voluntaria del aguerrido cacabilla portugués.

O *Cid portugués*, como lo ha llamado recientemente un erudito del país vecino, era un personaje muy singular, capaz de proezas tales, que resultan inverosímiles aun para leyenda.

Era muy corriente en aquellos tiempos la existencia de bandas de salteadores, compuestas por individuos de todas las procedencias, a los cuales no unía más que un solo lazo, el instinto del crimen. Esta gente peleaba indistintamente por cualquier bando, ya fueran cristianos o musulmanes, sin ideal político ni patriótico, con el exclusivo fin de saciar su propia crueldad y vivir en la más completa anarquía y libertinaje.

A este respecto, y refiriéndose a nuestro protagonista, dice un historiador portugués: «la tradición revistió de circunstancias poéticas la singular historia de un capitán de estas compañías de forajidos. Si diéramos crédito a las leyendas escritas en tiempos más recientes, Giraldo, héroe de romance, que por su esfuerzo adquiriera el apellido de Simpavor, era un noble caballero, que por haber cometido varios y graves delitos, abandonó el servicio de Alonso Enríquez y juntó en el Alentejo una banda de guerrilleros, que lo obedecían ciegamente. Los remordimientos y la vergüenza de su vil modo de vivir le indujeron a intentar una empresa gloriosa, cuyo feliz resultado le sirviese de rehabilitación moral. Fué ésta, la toma de Evora.

Después de la conquista de Evora, Giraldo, restituído con sus compañeros a la gracia de su soberano, fué nombrado alcaide de la ciudad que con tanta fortuna y destreza sujetara al dominio cristiano».

De lo que antecede se desprende, que el llamado héroe portugués era un proscrito, que al frente de una banda de indescables y presidiarios, guerreaba por el mejor postor, sin reparar en medios, como dice también el mencionado autor; y que el monarca lusitano lo indultó de sus antiguos crímenes porque le hizo donación de excelentes territorios y de cuanto poseía, procedente de sus rapiñas y sus desmanes.

Señalaremos a continuación algunas características de este personaje y detallaremos su peculiar modo de actuar.

Conocía palmo a palmo las tierras de la vieja Lusitania y ellas fueron escenario de sus aventuras pintorescas.

Era un tipo nudoso como un fresno y recio como una encina: su valor personal, habilidad y desprecio de la vida, hacían de él un ejemplar interesante, que tenía atemorizado a todo el país. Su presencia infundía pánico por su indumentaria y aspecto exterior de ver-

dadero forajido; tez y manos de bronce, pavoneadas por el sol; cabello crespo y revuelto, como el cáñamo sin agramar; mirada penetrante, escrutadora; y la ropa que cubría su cuerpo la llevaba siempre abierta de hombro a hombro, luciendo su pecho de piel de caballo recubierto de un vello verdozo y repugnante.

Sus características más arraigadas eran, la astucia y la ambición; valiéndose de la primera, emprendía frecuentes correrías por tierra de moros y se apoderaba de sus mejores plazas, empleando para ello una táctica muy personal; consistía, en agazapar a su gente entre los riscos y las peñas próximos a las ciudades que se proponía conquistar y, durante la noche, obligaba a sus milicianos a escalar los muros gateando por los enormes bloques de granito; y, llevando entre sus dientes el afilado cuchillo, procedían al asalto.

Para realizar estas fechorías elegía noches en que la tempestad bramaba desencadenada, deshecha en lluvia de rayos y truenos; y por esta razón, los asaltantes caminando a oscuras, entre zarzas, los pies heridos y llenos de fango, llegaban a las murallas con los nervios destrozados, deseando saciar su apetito en sangre y resarcirse de tanta fatiga y sacrificio.

Lo primero que hacían al poner el pie dentro del recinto, era degollar a los centinelas y asegurar los puntos estratégicos. Y cuando amanecía, los habitantes de la plaza se hallaban materialmente en su poder y sin medios para oponer resistencia, ya que todos los elementos precisos habían sido controlados por los asaltantes. Impotentes y asombrados, corrían a refugiarse en sus casas, en los lugares que ellos creían más seguros o huían despavoridos hacia el campo; en tanto que los nuevos dueños, después de haber clavado su enseña en la torre más alta, acuchillaban sin piedad a los fanáticos, a los que intentaban hacer frente, y recorrían todos los ámbitos de la ciudad atronándola con sus vítores y aclamaciones.

Algunos ancianos acudían con emblemas de paz, y los cristianos y renegados se sumaban a los asaltantes y ayudaban a asesinar a los que hasta entonces habían sido sus dominadores.

Desde la torre principal, Giraldo, el nuevo señor, daba órdenes para la seguridad de la plaza y nombraba alcaide a uno de sus partidarios (1).

GERVASIO VELO



(1) Apuntes de mi obra en preparación, «La Orden de caballeros de Montfrog».